

La literatura en los tiempos del Google

"El libro impreso, encuadrado y pagado era más riguroso y exigente con su creador y con el consumidor"

Se quejaba el prestigioso escritor norteamericano John Updike de la amenaza al autor que supone el proyecto del buscador de internet Google de digitalizar millones de libros y ponerlos a libre disposición de cualquiera en la red. Updike criticaba la equiparación de la literatura a la música que sostiene uno de los entusiastas de esta especie de biblioteca universal de Google, Kevin Nelly, quien afirmaba en The New York Times Magazine: "Una vez digitalizados, los libros pueden desenmarañarse en una sola página, o reducirse todavía más, en fragmentos de una página. Estos fragmentos se mezclarán de nuevo en libros reordenados y estanterías virtuales. Al igual que los oyentes ahora hacen malabarismos y reordenan canciones para concebir nuevos álbumes (o selecciones, como se denominan en iTunes), la biblioteca universal alentará la creación de estanterías virtuales, una colección de textos, algunos de tan sólo un párrafo, y otros con la extensión de un libro entero, que formarán una estantería de biblioteca con información especializada. Y, como ocurre con las selecciones musicales, una vez creadas estas estanterías se editarán e intercambiarán en espacios públicos comunes."

A Updike le produce desasosiego la desaparición del autor en este torbellino de mezclas a la carta de los lectores. Según el novelista, "el libro impreso, encuadrado y pagado era -y de momento sigue siendo- más riguroso y exigente con su creador y con el consumidor. Es un lugar de encuentro, en silencio, entre dos mentes, en el que una sigue los pasos de la otra, pero es invitada a imaginar, a discutir, a coincidir en un nivel de reflexión que va más allá del encuentro personal".

Por su parte, Félix de Azúa señalaba en un reciente artículo: "Cuando en 1850 el prestigio del libro alcance su cima, comenzarán los planes para la educación obligatoria y gratuita. Ésta será la verdadera revolución: en 1870 vive en Europa la primera generación casi totalmente alfabetizada. A partir de entonces, el libro es la pieza maestra de las sociedades occidentales. La alfabetización generalizada impulsa la lectura masiva. Las bibliotecas municipales de París prestaron 363.322 libros en 1881. Mil préstamos al día en una ciudad que apenas superaba el millón de habitantes es una cifra vertiginosa, supone una idolatría del libro. La lectura es escala para el ascenso social y para el refinamiento moral." Esa masificación de la lectura que se impone hacia finales del siglo XIX trae consigo el auge de la industria editorial.

Sin embargo, la lectura del libro literario decae fuertemente desde mediados del siglo XX, con el advenimiento de la sociedad de consumo de masas. Las masas consumen febrilmente otros productos con los que nutrir su imaginación. Y, paradójicamente, cuando el analfabetismo desaparece de

las sociedades avanzadas industrialmente decrece el número de lectores, vamos a llamarlos, literarios. Es cierto que, como recoge el mismo Azúa, la industria editorial goza de una considerable prosperidad. Pero esos productos de venta masiva no pueden llamarse propiamente literatura. Obras como 'La catedral del mar' tienen poco que ver con la creación literaria y mucho, incluso en su gestación, con el trabajo de los expertos en mercadotecnia. Como señalaba otro gran novelista norteamericano, Philip Roth: "Gente joven que lea seriamente ficción -o poesía, añadiría por mi parte?-, y que luego piense, casi no existe. A muchos les encantaría, lo sé, pero no tienen tiempo. La mayor parte es seducida por la pantalla más que por la hoja impresa, o tienen otras cosas que hacer que les divierten más." Puestas las cosas así, creo que yerra Updike cuando dice que el proyecto de Google amenaza la existencia del autor. La amenaza -que no proviene del buscador-, afecta a la existencia de la literatura. La escasez de lectores dispuestos a abordar con seriedad el relato literario, señalada por Roth, dibuja un panorama sombrío. En otras manifestaciones artísticas exigentes con el amante de las mismas no se da esa dependencia del gran público que tiene la literatura. Para disfrutar, por ejemplo, de la pintura actual también es necesario haber dedicado mucho tiempo, concentración y esfuerzo para llegar a penetrar en sus propuestas alejadas del simple goce estético sensorial. Sin embargo, basta que haya unas pocas personas que posean el bagaje necesario para disfrutarla y algunas instituciones o particulares adinerados para adquirirla. Dicho en otros términos, el arte actual, elitista por su propia naturaleza, en algunos casos puede ser mantenido vivo por las élites. Pero no es el caso de la literatura. El libro precisa de la compra masiva. Y hoy las masas encuentran en las imágenes, más fácilmente digeribles que los textos complejos, la dosis de ficción que todo hombre necesita. Ni las industrias editoriales buscarán la literatura como negocio, ni los jóvenes con talento narrativo intentarán plasmarlo con palabras. En una reciente encuesta hecha en España, la profesión de escritor era de las peor valoradas socialmente. En la, no vamos a llamar muerte, sino depauperación de la literatura la existencia de internet es irrelevante. Si acaso, supone una mayor accesibilidad a la literatura para los pocos que van quedando que la valoran.